

CARMELA.

Cuando don Fernando volvió en sí, estaba acostado en su cuarto en el castillo de Belvedere: su madre lloraba á su lado, su padre se paseaba á grandes pasos por la habitacion, y el médico se disponia á sangrarle por la quinta vez. El jardinero á quien tan á menudo habia pedido el conde noticias referentes al hombre de la capa, estaba inquieto viendo salir á su señor tan tarde; le habia seguido de lejos, habia oido el pistoletazo, entró en la iglesia, y halló á don Fernando desmayado y á Cantarello muerto.

La primera palabra de don Fernando fué para preguntar si se habia encontrado la llave. El marqués y la marquesa se dirigieron mutuamente una mirada de inquietud.

— Tranquilizaos, dijo el médico; despues de una herida tan grave, nada tiene de extraño que el enfermo tenga un poco de delirio.

— Estoy perfectamente tranquilo, se muy bien lo que digo, replicó don Fernando: pregunto si se ha hallado

la llave de la puerta secreta, una llavecita como la de un piano.

— ¡ Oh! ¡ pobre hijo mio! exclamó la marquesa juntando sus manos y elevando sus ojos al cielo.

— Tranquilizaos, señora, dijo el doctor, es un delirio pasajero, y con la quinta sangría...

— Id al diablo con vuestra sangría, doctor. Me habeis sacado ya mas sangre con vuestra maldita lanceta, que el miserable Cantarello con su espada.

— ¡ Pero está loco, está loco! exclamó la marquesa.

— En todo caso, replicó el jóven conde, en todo caso, mi muy querido padre, mi locura no habrá sido perdida para vuestros intereses, porque os he encontrado sesenta mil ducados que creiais perdidos, y que están en Carlentini, al pié de la cama de Cantarello, bajo un ladrillo marcado con una cruz; podeis enviar por ellos y vereis si soy un loco. ¡ Eh! dejadme, pues, tranquilo, doctor; tengo necesidad de un buen pollo asado y de una botella de vino de Burdeos, y no de vuestras malditas sangrías.

Entonces fué el médico el que levantó los ojos al cielo.

— ¡ Hijo mio, mi querido hijo! exclamó la marquesa, ¡ tú quieres hacerme morir de pesar!

— ¿ Es absolutamente indispensable una sangría? preguntó el marqués.

— Absolutamente.

— ¡ Y bien! no hay mas que hacer entrar cuatro criados que le tendrán á la fuerza en la cama mientras vos operais.

— ¡ Oh ! Dios mio ! dijo el conde, no hay necesidad de todo eso. ¿ Os daría gusto, señora marquesa, dejándome sangrar ?

— Sin duda, puesto que dicen que te sentará bien.

— Entonces tomad, doctor, hé aquí mi brazo ; pero será la última, ¿ no es esto ?

— Sí, dijo el doctor ; si, siempre que despeje la cabeza y haga desaparecer el delirio.

— En ese caso estad tranquilo, replicó el conde ; se despejará la cabeza, y el delirio no reaparecerá mas ; andad, doctor, andad.

El doctor hizo su operacion, pero como el herido estaba horriblemente debilitado, no pudo soportar esta nueva pérdida de sangre, y se desmayó segunda vez ; pero este nuevo desmayo no duró sino algunos minutos.

Mientras que se le sangraba de aquella manera contra su voluntad, don Fernando habia reflexionado : comprendía que si hablaba de nuevo de la llave de piano, de dinero enterrado y de puerta secreta, se le creería todavía delirante y le sangrarian y volverian á sangrar hasta la extincion del calor natural. En consecuencia resolvió no hablar nada de todo esto, y reservarse para si únicamente el fin de una empresa que él habia comenzado solo.

El jóven conde volvió, pues, de su desmayo con las disposiciones mas pacíficas del mundo ; abrazó á su madre, saludó respetuosamente al marqués, y tendió la mano al doctor, diciendo que conocia perfectamente que á su gran arte debia la vida. A estas palabras el doctor

declaró que el delirio habia desaparecido completamente, y respondió del enfermo.

Entonces don Fernando se atrevió á pedir detalles sobre el modo como se le habia hallado ; supo que era el jardinero quien le habia seguido, y que entrando en la iglesia, le habia descubierto á diez pasos de su adversario en un estado que no era mucho mejor que el de Cantarello. Estas preguntas de parte del herido, trajeron otras, como es fácil pensar, de parte de la marquesa y del marqués ; pero don Fernando se contentó con responder que habiendo entrado en la iglesia por pura curiosidad y porque al pasar junto á la puerta habia creído oír algun ruido dentro, habia sido atacado por un hombre de alta estatura á quien creia haber muerto. Añadió que estaba deseoso de dar gracias al buen jardinero por su celo, y que suplicaba se le permitiera á Peppino ir á verle. Se le prometió que si al dia siguiente continuaba la mejoría, le concederian aquella distraccion.

Aquella misma noche, como el marqués y la marquesa, aprovechándose de un instante en que su hijo dormia, hubiesen ido á cenar, y encontrándose solo don Fernando al despertar, oyó en la puerta de su alcoba la voz de Peppino que venia á informarse de la salud de su jóven señor. Al instante don Fernando llamó y dió orden de que entrase el jardinero. El lacayo que estaba de servicio vacilaba, porque la marquesa habia prohibido dejasen entrar á nadie ; pero don Fernando reiteró su orden con un tono tan imperativo, que añadido á la promesa que le hizo de que no le retendria mas que un

momento á su lado, el lacayo hizo entrar al jardinero.

— Peppino, le dijo don Fernando en cuanto la puerta se hubo cerrado, eres un bravo mozo, y siento no haber tenido mas confianza en tí. Hay cien onzas que ganar si quieres obedecerme y no obedecer á nadie mas que á mí.

— Hablad, mi jóven señor, respondió el jardinero.

— ¿Qué han hecho del hombre que he muerto?

— Le han trasportado á la iglesia de la aldea, donde está expuesto para que se le reconozca.

— ¿Y le han reconocido?

— Sí.

— ¿Por quién?

— Por el hombre de la capa que venia de cuando en cuando á casa de los Rizzo.

— ¿Pero su nombre?

— No se sabe.

— Bien. ¿Le han registrado?

— Sí, pero no se ha hallado sobre él mas que dinero, yesca, una piedra de chispa y una mecha. Todos esos objetos están expuestos en casa del juez.

— Y entre esos objetos, ¿no hay una llave?

— Creo que no.

— Vé á casa del juez, examina esos objetos minuciosamente, y si hay allí una llave, vuelve á decirme qué figura tiene. Si no la hay, vé á la capilla, y al rededor de la columna cerca de la cual se ha encontrado el cadáver, busca con el mayor cuidado: hallarás dos llaves.

— ¿Dos?

— Sí: una parecida á la llave de este secreter; la otra... levanta la tapa de ese clavicordio; bueno, y dáme un instrumento de acero que debe hallarse en una de las divisiones; bien, esto es: la otra parecida á esta. ¿Comprendes?

— Perfectamente.

— Que encuentres una ó que encuentres dos me traerás lo que encuentres, pero á mí, solo á mí, ¿lo entiendes?

— Nada mas que á vos; está dicho.

— Hasta mañana, Peppino.

— Hasta mañana, excelencia.

— A propósito. Ven en el momento en que mis padres vayan á almorzar, para que podamos hablar tranquilamente.

— Está bien, espíaré la hora.

— Y te esperan tus cien onzas.

— ¡Y bien, excelencia! serán bien venidas, teniendo en cuenta que voy á casarme con la hija de los Rizzo; un lindo vástago, á fe mia.

— ¡Chit! Mi madre vuelve. Pasa por ese gabinete, baja por la escalerita, y que no te vea.

Peppino obedeció. Cuando la marquesa entró halló á su hijo solo y perfectamente tranquilo.

Al dia siguiente á la hora convenida, Peppino volvió. Habia ejecutado su comision con una perfecta inteligencia. Entre los objetos depositados en casa del juez habia una llave ordinaria y semejante á la del santuario. Se habia encontrado cerca del cadáver. Despues de haberse asegurado de esto, Peppino habia vuelto á la ca-

pilla y había buscado tan bien, que al otro lado de la capilla había hallado la segunda llave que tenía la hechura de la del piano. Sin duda Cantarello la había arrojado lejos de sí. El joven conde se apoderó de ella apresuradamente, la reconoció por ser exactamente la misma que había hallado bajo el primer escalon del altar y que abría la puerta de la galería oscura, y la ocultó bajo su almohada. Después, volviéndose hácia Peppino :

— Escucha, le dijo. Todavía no sé cuándo podré levantarme ; pero á todo evento ten dispuestas en tu casa para el momento en que tengamos necesidad de ellas, dos antorchas, tenazas, una lima y un alicate, y procura no dormir fuera de casa de aquí á quince días.

Peppino prometió al conde procurarse todos los objetos designados, y se retiró.

Habiendo quedado solo don Fernando, quiso ver hasta dónde llegaban sus fuerzas. Apenas se incorporó, le pareció que todo daba vueltas á su alrededor. Su herida era poco grave, pero las sangrías del doctor le habían debilitado demasiado, de modo que viendo que iba á desmayarse otra vez, se volvió á echar, comprendiendo que antes de intentar nada debía esperar á recuperar sus fuerzas.

Así permaneció todo aquel día y el siguiente muy tranquilo, y no dando otra señal de delirio que pedir de vez en cuando el pollo y el vino de Burdeos en lugar de las deplorables tisanas que le presentaban. Pero, como se comprende, aquellas peticiones le parecían al doctor exorbitantes é insensatas : en su opinion mani-

festaban un resto de fiebre que era preciso combatir. Ordenó, pues, continuar sin dejarlo el cocimiento de yerbas, y habló de una sexta sangría si los síntomas de aquel apetito desordenado, que indicaba la debilidad de estómago del enfermo, volvían todavía á presentarse. Don Fernando se calló, y viendo que estaba bajo la fé-rula del doctor, se resignó al cocimiento de yerbas.

Por la noche, cuando el enfermo acababa de dormirse, la marquesa entró en su alcoba con cuatro lacayos que á una señal que les hizo, permanecieron cerca de la puerta. Don Fernando que creyó que iban á sangrarle, preguntó á su madre, con un temor que no trató de ocultar, qué significaba aquel aparato de fuerza que se desplegaba delante de él. Entonces la marquesa le anunció, con todos los miramientos posibles, que habiendo indagado la justicia y estando la aventura de la capilla envuelta todavía en una grande oscuridad, acababa de ser prevenida en aquel instante de que don Fernando debía ser preso al día siguiente, que en consecuencia acababa de mandar preparar una litera para llevar á su hijo á Catania, donde permanecería tranquilamente en el convento de su tia, la venerable abadesa de las Ursulinas, hasta que el marqués consiguiese echasen tierra á aquel desgraciado negocio. Contra lo que esperaba la marquesa, no puso don Fernando ninguna dificultad. Desde el primer momento calculó, que el doctor no le perseguiría hasta en el santo asilo que se le abría; esperaba que, vista la distancia, sus órdenes perderían un poco de ferocidad, y vió en el alejamiento, á través de una nube de color de rosa, aquel bienaventuro

rado pollo y aquella botella de Burdeos tan deseada, que hacia tres dias eran el objeto de su mas ardiente preocupacion. Por otra parte, esperaba que la vigilancia que le rodeaba seria menor en Catania que en Siracusa, y que una vez sostenido sobre sus piernas, se escaparia mas fácilmente del convento de su tia, que del castillo materno. Añadamos, que en medio de todo esto, recordaba aquellos lindisimos ojos negros que habian deramado tantas lágrimas á su partida y aquellas manecitas que le prometian enfermeras tan diestras. Por un instante le habia ocurrido al conde la idea, cuando su madre le habló de arresto, de presentarse á la justicia y referir á los jueces todo lo que habia pasado, pero conocia á los jueces y á la justicia siciliana, y pensó con gran criterio que los medios de que pensaba valerse el conde para ahogar el asunto, valian mas que todas las razones que podria él dar para esclarecerle. En consecuencia, en lugar de oponerse en lo mas minimo á aquel viaje, como habia temido al principio la marquesa, se prestó á él con mucho gusto; y despues de haber cogido de debajo de la almohada la misteriosa llave se dejó llevar por los cuatro lacayos, que le depositaron muellemente en la litera que le esperaba á la puerta. La única cosa que pidió don Fernando fué, que su madre le diese lo mas pronto posible noticias suyas por el intermedio de Peppino. La marquesa, que no vió en ello sino un deseo muy natural, y sobre todo muy filial, se lo prometió sin ninguna dificultad.

Habian enviado delante un correo á la digna abadesa, de modo que al llegar al convento, el herido encon-

tró todas las cosas preparadas para recibirle. El correo, como se comprenderá, habia sido interrogado, con toda la curiosidad del claustro; pero no habia podido decir mas que lo que sabia él mismo. De modo que el accidente que llevaba á don Fernando á Catania, no siendo conocido mas que por su terrible resultado, estaba lejos de haber perdido nada de su misterioso interés. Así es que el jóven conde apareció ante las religiosas jóvenes como uno de los mas amables héroes de romance que jamás se hubiesen imaginado.

Por su parte, don Fernando no se habia engañado completamente sobre la mejoría higiénica que el cambio de localidad debia producir, á su parecer, en su situacion. Desde el primer dia, al cocimiento de yerbas se substituyó el caldo de ranas y se le permitió comer una cucharada de dulce de grosella. No fué esto todo. Despues del rezo de la noche, una de las mas lindas religiosas fué introducida en su cuarto para ser su vigilante de noche. Acaso semejante tolerancia era algo contraria á las reglas de la severidad monástica; pero el pobre enfermo estaba verdaderamente tan débil, que á primera vista no parecia, en conciencia, presentar inconveniente alguno.

El éxito justificó á la superiora. Por mas linda que fuese su enfermera, el herido no durmió menos profundamente toda la noche. Así á la mañana siguiente, gracias á aquel buen sueño, tenia mejor fisonomía, era una advertencia á la buena abadesa de continuar con el mismo régimen, al cual se contentó durante el dia, con añadir lo que coge en una nuez de conserva de violetas.

Por la noche vió don Fernando entrar en su habitacion una nueva figura. La vigilante designada para aquella noche, no era menos linda que aquella á quien sucedia. El enfermo habló un instante con ella y la hizo algunos cumplidos sobre su graciosa fisonomía; pero bien pronto la fatiga venció á la galantería, se volvió del lado de la pared y cerró los ojos para no volverlas á abrir hasta por la mañana.

Como el herido iba cada vez mejor, obtuvo al tereer día además de los caldos de ranas, los dulces y la conserva, un poco de gelatina de sustancia que tragó con un reconocimiento extremado hácia las lindas manos que se la servian. Resultó naturalmente que levantó los ojos de las manos al rostro, y se encontró frente á la mas deliciosa figura que jamás habia visto. Preguntó entonces el conde á aquella linda criatura si no la tocaria pronto el turno de ser su enfermera: ella le respondió que estaba designada para la noche próxima. El conde se informó de cómo se llamaba, no dudando, decia, que un nombre dulce debia pertenecer á tan bella criatura. La religiosa respondió que se llamaba Carmela. Don Fernando encontró aquel nombre el mas delicioso que hubiese oido jamás, y así le pronunció en voz baja, mas de veinte veces, durante el intervalo que pasó entre la ligera comida que acababa de hacer y la hora en que la religiosa que estaba de guardia junto á su lecho, iba á llevarle la pocion de la noche.

Carmela llegó á la hora fija, y aun un poquito antes de la hora. Don Fernando dió gracias por su exactitud. La pobre jóven echó una mirada al reloj, y viendo

que faltaban mas de veinte minutos para la hora se ruborizó.

Bebida la pocion, Carmela fué á sentarse á una poltrona que estaba al otro extremo de la habitacion. El enfermo la preguntó entonces, con el tono mas suelto que pudo dar á su voz, porqué se alejaba así de él. Carmela respondió que era por no turbar su sueño. Don Fernando exclamó que no sentia deseo alguno de dormir, y suplicó á Carmela tuviese la bondad de aproximarse para conversar con él. La jóven ruborizándose aproximó su poltrona.

Los dos jóvenes permanecieron mudos un instante. Carmela con los ojos bajos y don Fernando por el contrario, fijos sus ojos en Carmela. Entonces pudo verla á su saber. Era en su conjunto una de las mas deliciosas criaturas que se puede imaginar, con los cabellos negros, que dejaban ver la extremidad de sus bandós bajo su blanca gorra, con sus azules ojos bastante grandes para retratarse entre los dos á la vez, una nariz recta y fina como la de las estatuas griegas sus progenitoras, unos labios rosados como el coral que se pesca cerca del cabo Passaro, un talle de ninfa de la antigüedad y un piececito de niño. El único pero que se podia poner á aquella belleza tan acabada, era la palidez un poco mate de su tez, que hacia resaltar el círculo azulado que rodeaba sus ojos como una señal de insomnio y de dolor.

Al cabo de un cuarto de hora de contemplacion, don Fernando rompió de pronto el silencio.

— ¿ En qué consiste que una persona tan bella como

vos no sea feliz? preguntó á Carmela, ¿ y cómo puede ser que haya bajo el cielo un ser bastante bárbaro para hacer correr lágrimas de esos bellos ojos por una de cuyas miradas se consideraria uno demasiado feliz dando su vida?

La jóven se estremeció como si aquella pregunta correspondiese á sus propios pensamientos, y don Fernando vió dos perlas líquidas y brillantes asomar á sus párpados, y caer una despues de otra sobre las rodillas de Carmela.

— Dios lo ha querido así, respondió la jóven, dándome un hermano y una hermana mayores que yo, para los que mi padre reserva toda nuestra fortuna. Y como no quedaba nada de dote para mí, se me ha desposado con Dios, que parece haberme reservado de este modo para él.

— ¿ Y es vuestro padre quien ha exigido de vos semejante sacrificio? preguntó don Fernando.

— Es mi padre, respondió Carmela levantando sus bellos ojos al cielo.

— ¿ Y cómo se llama ese bárbaro?

— El conde don Francesco de Terra-Nova.

— ¡ El conde de Terra-Nova! exclamó don Fernando; pero ese es amigo de mi padre.

— ¡ Oh Dios mio! sí, y todo lo que he podido obtener de él por esa razon es entrar en el convento de vuestra tia.

— ¿ Y habeis renunciado al mundo sin pesar? preguntó don Fernando.

— No habia visto yo del mundo sino lo que se puede

descubrir á través del enrejado de una celosía, cuando entré en este convento, respondió Carmela; así que no tenia ningun motivo de sentirlo, y esperaba que la soledad me traeria la felicidad, ó al menos la tranquilidad. Algun tiempo he permanecido en esa creencia, pero ¡ ay! he reconocido mi error y con un temor mortal, lo confieso, veo llegar el momento en que pronunciaré mis votos.

— ¡ Oh! sí, dijo don Fernando. Eso se conoce fácilmente; vos no habeis nacido para vivir en un claustro. Se necesita para eso un corazon inflexible, y vos, vos teneis el corazon humano y sensible, ¿ no es eso?

— ¡ Ah! murmuró la jóven.

— Vos no podreis ver sufrir sin conmoveros por el que su freasí desde que os he visto he sentido mi corazon lleno de esperanza.

— ¡ Dios mio! dijo la jóven, ¿ qué puedo yo hacer por vos?

— Podeis volverme la vida, dijo don Fernando con una expresion que penetró hasta el fondo del alma de la jóven.

— ¿ Qué és preciso hacer para eso?... Hablad.

— ¡ Oh! no querreis, continuó don Fernando, habeis recibido advertencias demasiado severas, y me dejareis morir por no faltar á vuestros deberes.

— ¡ Morir! exclamó Carmela.

— Sí, morir, replicó el conde con un tono lánguido y dejándose caer sobre su almohada, porque siento que me estoy muriendo.

— ¡ Oh! hablad, y si yo puedo alguna cosa para vos.....

— Ciertamente podeis todo lo que querais, porque estamos solos, ¿ no es eso? y excepto nosotros nadie vela en el convento.

— ¿ Pero es tan difícil lo que deseais? preguntó ruborizándose la bella enfermera.

— No teneis mas que querer, respondió don Fernando.

— Entonces decid, tartamudeó Carmela.

La súplica de don Fernando estaba lejos de corresponder á la que esperaba la bella religiosa.

— Proporcionadme un pollo asado y una botella de vino de Burdeos, dijo don Fernando.

Carmela no pudo menos de sonreirse.

— Pero, dijo, os hará daño eso.

— ¡ Me hará daño! exclamó don Fernando; figuraos que estoy aguardando eso para curarme. Pero para hacerme morir hay una conspiracion á cuya cabeza está ese infame doctor, y vos sois tambien de la conspiracion, vos, ya lo veo, vos tan buena, tan linda; vos, por quien yo tengo, en verdad, tanto deseo de vivir.

— ¿ Pero comereis muy poco?

— Un alon.

— ¿ Y no beberéis mas que una gota de vino?

— Una lágrima.

— Pues bien, voy á buscar lo que deseais.

— ¡ Ah! sois una santa, exclamó don Fernando apoderándose de las manos de la novicia y besándolas con un transporte menos celestial que lo que permitia el dic-

tado que acababa de darla. Así Carmela retiró su mano como si en lugar de los labios de don Fernando hubiese sido un hierro candente lo que la tocaba.

El conde vió alejarse á la bella religiosa con un sentimiento de reconocimiento que rayaba en admiracion, y durante su corta ausencia tuvo que confesarse que aun en Palermo no habia visto mujer alguna que por su belleza, su gracia y candor pudiese sostener la comparacion con Carmela.

Otra cosa fué cuando la volvió á ver aparecer trayendo en una mano un plato con el alon tan deseado y en la otra un vaso de cristal mediado de vino de Burdeos. Ya no fué para él una simple mortal, fué una diosa, fué Hebe sirviendo la ambrosia y escanciando el néctar.

— No he podido traer todo de una vez, dijo la bella proveedora, dejando el plato y el vaso sobre una mesa que aproximó al lecho del enfermo; pero quiero ir á buscar pan para que lo comais con el pollo, y dulce para vuestro postre. Aguardadme.

— Id, dijo don Fernando, y sobre todo volved al instante; todo esto me parecerá todavía mucho mejor cuando esteis aquí.

Pero por mas diligente que fuese Carmela, el hambre del pobre Fernando era tan devoradora, que no pudo esperar su vuelta, y cuando volvió encontró que habia desaparecido el alon del pollo, y el vaso de vino de Burdeos enteramente vacío. Entonces le tocó su vez al pan y al dulce: todo se lo comió.